

Cuando llega un hijo

Por Corinne Zaugg

Fortalecer las bases de nuestras familias se revela más necesario todavía por el don de los hijos que les son dados. Un don que requiere el deber de su cuidado integral, es decir, de su educación.



Hoy en día, cuando en la familia se anuncia un nuevo nacimiento, ya no se trata de «agregar un lugar a la mesa», como decían nuestros mayores por la sabiduría de su experiencia. Nuestro modo de vivir, su ritmo, sus tiempos, las exigencias que nos creamos, obligan a «planificar» este nuevo nacimiento con anticipación y en cada detalle. Todo tiene que ser perfecto para la llegada del bebé: la habitación, la ropa, el cochecito... También que mamá pueda volver a su trabajo, que papá tenga un sueldo garantizado, que haya abuelos disponibles, la guardería cerca de casa...

Luego de haber establecido el momento «justo», la pareja busca al hijo con la misma determinación y voluntad con la que, durante años quizás, había evitado el embarazo. El espíritu es el del «todo y ya» que caracteriza nuestro modo de vivir y de mirar la vida. Si el niño tuviera que tardar o no llegar del todo o nacer «no perfecto», la pareja se encontraría en una gran frustración que no está preparada a enfrentar. Y le costará aceptar que, hoy como ayer, a la vida no se la puede manipular. Porque no somos nosotros los dueños de la vida; y así como no tenemos el derecho de muerte sobre los que nos rodean, así tampoco tenemos el de la vida, que es y siempre será una prerrogativa de Dios.

Aprendiendo de a poco

Un hijo que nace es un milagro que viene directamente de Dios. El regalo más alto que podemos recibir. Como padres quedamos «pasmados» por las emociones que nos suscita y también por los cambios que requiere en nuestros pensamientos y costumbres. Nos encontramos frente a un ser humano que muy pronto nos pedirá respuestas. Por él tendremos que hacer elecciones e interpellarnos. Incluso sus primeros llantos nos imponen elegir: ¿levantarlo o dejarlo llorar? ¿Será capricho o sueño?... De a poco, entenderemos

sus necesidades y él, a través de nuestro afecto, de nuestra coherencia, comenzará a conocer las leyes del mundo que lo rodea y adecuar a eso sus comportamientos. De este modo empieza la primera educación, donde el niño aprende de sus padres (y de los hermanos, si los hay) las primeras funciones fundamentales: hablar, comer, vestirse, respetarse, compartir, rezar... Lo que viene después se apoya sobre estos primeros conocimientos aprendidos en el calor y el afecto de la familia. Separaciones muy tempranas del núcleo familiar y un cierto desgano de los padres en asumir sus propios roles, hacen que esta primera formación a menudo sea difícil e incompleta.

En muchos casos, la familia está constituida por un núcleo de tres personas: papá, mamá e hijo. Los abuelos, si están, viven en otro lado; primos, tíos y tías van y vienen. La familia numerosa y variada «de antes», donde el niño, por el simple hecho de vivir en ella, aprendía las cosas fundamentales de la vida, ha sido fragmentada en pequeños núcleos. Pequeñas islas donde cada uno busca hacer lo mejor, por su cuenta y según sus criterios. Es inevitable que, jóvenes muy bien preparados a nivel cultural, a la hora de tener el deseado hijo se sientan «sobrepasados», porque nunca en su vida tuvieron la experiencia de ocuparse o ver un familiar ocuparse de un bebé.

De todos modos, se necesitan pocas semanas para que los padres aprendan los gestos básicos para cuidar a su hijo. Lo más difícil será comprender que las cosas más simples (el «arroró», el tomar la leche, el contacto de los ojos, de la mano...) tienen un valor muy grande para la relación futura con ellos. Sobre todo, tendrán que descubrir qué grande y hermoso es el privilegio de estar cerca de un niño que aprende a conocer el mundo.

Emancipación femenina y padres sustitutos

A menudo, los nuevos deberes y el sentido de responsabilidad que el nacimiento de un niño conlleva, terminan por absorber todas las energías de la pareja. Y con frecuencia la mujer siente envidia por el papá que, a la mañana después de dos cariñitos veloces, va al trabajo, dejándola sola dentro de las paredes domésticas, a merced del «pequeño» y de sus muchas e imprevisibles exigencias. Por eso, sólo sueña con volver a trabajar y confiar el hijo a otra persona...

Esto sucede, sobre todo, porque en nuestra sociedad se ha devaluado completamente el rol materno. No hay ningún reconocimiento público, ni social, ni privado al «ser

madre». A veces, quien «sólo es madre» tiene vergüenza de decirlo, ya que la estima y gratificación social para la mujer están relacionadas a su rol en el trabajo profesional, no en el familiar.

El hecho de que hoy las mujeres tengan la posibilidad de elegir, de moverse en el ámbito que prefieren, es una gran conquista. Pero queda abierto el tema de hasta dónde puede llegar la emancipación femenina. Uno de los primeros derechos de los hijos es tener a su lado padres que cuiden de ellos. Con frecuencia, sucede que son los abuelos los que se ocupan de los nietos casi a tiempo lleno, mientras los padres a tiempo lleno trabajan.

Esta organización conlleva muchas consecuencias desde el punto de vista educativo. Por cierto los abuelos, que ya han ejercido su tarea de padres, están contentos de cuidar a los nietos, pero





quisieran hacerlo como abuelos, no como padres sustitutos. Los padres, por su parte, al ver a los hijos casi solamente de noche o el fin de semana, tienden a compensar el tiempo perdido con una relación que evite conflictos y caprichos. Por eso, los van secundando en todo para no enfrentarse a caras largas y, al final, estos niños terminan con ser educados por todos y por nadie.

No se trata sólo de cuidar

El haber desvalorizado el rol materno y paterno, probablemente, coincidió con el hecho de reducirlo a un nivel meramente material, de simple cuidado. En efecto, todos pueden dar la mamadera y cambiar los pañales. El tema es otro. En nuestra sociedad, tal vez para acallar a las conciencias, tal vez por inmadurez o por la dificultad objetiva de conciliar roles paralelos, hemos llegado a ignorar la función socializante y educadora de la familia, delegando a la escuela y a otras agencias estos aspectos. La familia se ha vuelto el lugar donde uno descansa y se distrae en el tiempo que queda libre entre el trabajo y la escuela. Para padres cansados y estresados, los

hijos se convierten entonces en instrumento lúdico, como si fueran compañeros, amigos con los cuales recrearse después de una jornada de trabajo. Juntos se juega en la computadora, juntos se mira la tele, tirados en el sillón. Juntos se busca dejar afuera de la puerta los problemas encontrados en el día...

¿Calidad o cantidad?

Por muchos años se dijo que, más que la cantidad de tiempo pasado con los hijos, es importante la calidad. Sin embargo, hoy, vemos que es un razonamiento frágil, que no fue bien entendido. Por un lado, contribuyó a considerar inútil y obsoleta la elección de quien puso todo su tiempo al servicio de su familia; y, por el otro, a justificar fácilmente a quien estaba poco tiempo en casa. La presencia, aunque silenciosa y discreta, de alguien en la casa que te recibe al volver de la escuela, prepara la merienda, asiste en las tareas, te lleva a practicar deporte, comparte un programa televisivo... es muy importante. Porque comunica atención, cariño; transmite a los hijos la conciencia de que son valiosos para sus papás. Más valiosos que otras cosas.

En la teoría es justo apuntar al discurso calitativo, ya que sería hermoso poder brindarnos a nuestros hijos siempre del modo mejor. Pero la realidad es distinta. No siempre nuestros momentos calitativamente buenos coinciden con los de los hijos. Muchas veces, cuando los padres se sienten preparados para compartir tiempo con los hijos, éstos tienen otras cosas para hacer. O, también, el concepto que ellos tienen de «calidad» es diferente del nuestro. En fin, los momentos «mágicos» no se pueden prever o programar, simplemente nacen, como las flores: si estamos allí, presentes, los podemos recoger, si estamos ausentes, se secan.

En el próximo número seguiremos viendo cómo ésta, nuestra «frágil» familia puede realizar su identidad de educadora de los hijos. ○

